



CAPÍTULO XIII

UNA noche sintió Víctor, en la contemplación de Ernestina, que en el alma le caía amargura. Estaba ella co-siendo, la cabeza baja, los labios bien prietos, como si los cerrara para reprimir los suspiros que le levantaban el pecho, los párpados caídos, miedosos de echar fuera el desmayo de la mirada, y las manos se le adormecían sobre la costura. Víctor no resistió la tentación, y apoyando con suavidad la mano en la rodilla de la cuñada, le dijo con una sencilla resolución:

—Es imposible, Ernestina, que sigas haciendo lo que haces.

—¿Qué?... ¿Qué dices, Víctor?

Levantó la cabeza, mirándolo con sus grandes pupilas azulinas, preñadas de bondadosa extrañeza.

—Volverás á enfermar y será peor. No puedes hacer lo que estás haciendo.

Sonrió ella penosamente, velándose la ideal transparencia de sus niñas, y meneando la cabecita con un gesto de desesperanza definitiva.

—Te lo voy á decir, Víctor. Cuando tú viniste á esta casa estábamos endeudadas y endeudadas continuamos y hay para tiempo. A tí te han llamado todo esto. Mi madre no quiso decírtelo. Pero la gente, desde que te casastes, nos apura. Ya no somos unas pobres mujeres solas. No, no sé cómo nos arreglaremos. Yo trabajo todo lo que puedo y más, ya lo ves, pero no logro tapar ningún agujero. En casa, Víctor, hace ya tiempo que no nos entendemos.

Roto el hielo con aquella confianza, Ernestina siguió hablando: Vivir así era un tormento. Trabajo sí, de sobra, y cada día parroquianas nuevas, pero como si no. Algunas la estafaban, y á las otras no les cobraba lo que debería cobrarles. Su madre tenía la culpa, porque al dar el precio, ni contaba lo que se adelantaba para adornos, ni los jornales de las oficialas. Y era tarea inútil convencerla. Tenía la monomanía del trabajo barato, que atraía la clientela. ¡Qué sacaban de aquella clientela, si con ella perdían y tenían que trabajar como unas arrastradas!

Diciendo esto Ernestina, casi lloraba, Después pasó callada un buen rato, dudando si acabar ó no su confianza. Víctor, medio atontado, seguía atento, como si ella siguiera aún su relato. Y, ella, añadió:

—Tendrías que coger á mi hermana, que es una buenaza sin voluntad, y hacerle comprender que es preciso economizar, estando como estamos. Hazlo, Víctor, es el único remedio. Ella es la única que tiene autoridad para imponerse á mi madre. Y no tardes. Mañana mismo, si puede ser. Es lo único, lo único... Dí ¿qué te parece? Tienes derecho á hacerlo. Lo harás, ¿eh, Víctor? ¿Lo harás?...

Había hablado al principiar pausadamente, la mirada baja, pero en las últimas palabras, le miraba con sus pupilas leales y tiernas, y en la voz, ponía un ardor de plegaria. Víctor, chafado por las revelaciones de Ernestina y su petición devota, no podía, con la garganta anudada, dar una respuesta. Como se había hecho tarde, recogieron sus trebejos, y, á punto de separarse, tornó ella á insistir:

—No te lo pido por mí, que yo, ya lo ves, siempre seré una esclava del trabajo, pero tú todavía puedes ser feliz, y si no me crees, no tendrás más remedio que coger á tu hijo y á Julia y mar-

charos de casa. Quizás resultase lo más sencillo...

Estaba cerca de su alcoba y con pasos lentos, callados, iba á entrar en ella. Víctor hizo un esfuerzo y le dijo unas palabras aturdidias. Sí, sí, al día siguiente cogería á Julia y se lo diría.

La modista se las agradeció, con una mirada larga, sostenida. En sus ojos lubricados por el dolor, florecía el agradecimiento y, en lo hondo de lo hondo, como la vaguedad de una promesa.

—Buenas noches, Víctor.

—Buenas noches, Ernestina.



CAPÍTULO XIV

El siguiente día fué domingo. Como siempre, costumbre del matrimonio, el escribiente esperaba á su mujer para ir á misa, y para hablarle de aquella situación que para bien de todos y buen arreglo de la casa, se hacía preciso terminar.

La suegra, iba por la casa, enfurruñada, llena de impaciencia, porque Mercedes no acababa de llegar de la plaza. Iba despeinada, horrible. Malhumorada y todo, se detuvo extasiada ante el grupo formado por el matrimonio y el niño en brazos de Ignacia, la niñera. Arregló un pliegue de la mantilla de Julia, le abotonó la abertura de las faldas guarnecidas de rica pasamanería; estiró una solapa del jubón de paño color

tórtola, y sacando un boá fastuoso, lo puso con prosopopeya sobre las amplias espaldas de su hija.

—Estás monísima, créeme. Y tú ¿qué dices?

Resplandecía de orgullo creador, y con la picardía de una mirada de ojos experimentados, conocedores de las flaquezas de los hombres por las feminidades pomposas, interrogaba á su yerno. Julia sonreía inefablemente á su marido rozando sus sanotas mejillas empolvadas con las plumas del boá, que flotaba á lo largo de la firmeza de aquel cuerpo, sobre las caderas triunfantes. Pero el buen marido, con el recuerdo de su promesa á Ernestina, permanecía un poco indiferente, un poco frío en la contemplación de la arrogancia elegante de su mujer, pensando en lo que costaría aquel lujoso talante, en aquellas deudas que no se habían podido pagar en año y medio de trabajo, en la promesa hecha á la pobre enferma desesperanzada, y el elogio, la palabra venturosa por aquella maravilla, tardó en ser pronunciada.

Salieron. Reía el sol en el día sereno. Refan por las calles las gentes. La niña alzaba al nene para que los transeuntes enseñorados se apercibiesen de aquel angel en buenos pañales. Julia y Víctor caminaban del brazo, lentamente, con mesura estudiada, pasos cortos

y nobles de señores, y ella con la cabeza erguida y orgullosa del hijo, de la barba negra y los ojos honradotes del esposo, de las largas trenzas de la Ignacia, de su pecho de madre que se erguía macizo bajo la blusa lisa, y ponía ramalazos de lujuria en el mirar admirativo de los adolescentes.

A la vuelta llevó á Víctor á una pastelería. Era laminera y se preciaba de ello. Compraron y volvieron á casa rumbeando un paquetito sujeto por una cinta tricolor.

Después de comer salieron otra vez para acabar de aprovechar la esplendidez del día y al poder salir solos, sin el niño que descansaba del trabajo mañana, Víctor pensó en la ocasión favorable para abordar con Julia el problema de las economías. Siguió camino de las afueras, pero á poco ella lo advirtió y se encaminaron á donde todos. ¿Para eso, para ir por una senduca ó un camino sin gente, se había puesto ella maja?

En el paseo, el gentío se apretujaba con un innoble instinto de rumiantes. Una masa de juventud endomingada rodaba en un espacio reducidísimo. El matrimonio tuvo que esperar para poder meterse en aquella noria humana que en pleno campo llegaba con esencias y sudor, á enrarecer el aire. Grandes espa-

cios libres, dorados de sol que se abría por entre los árboles copudos, atraían á Víctor, que iba rumiando su discurso de cabeza de familia, sin atreverse á espetarlo allí, entre la marea de desconocidos. Y al pobre escribiente, entre la inquietud de su misión regeneradora, el rubor que le causaba aquel lujo que acompañaba y el rosario de miradas que iban á ella, en las cuales creía hallar ingénuamente ironías é improperios, cuando tal vez no eran de otra cosa que de erótica curiosidad, aquel rodar mecánico, aquel estrujamiento rebañiego, llegó á hacérsele odioso.

Cuando se aclaró un poco el gentío y los jardinillos cercanos se llenaron de sombra, Julia, excitada por tantos dedos de amor, tanta mirada francamente impura, por el roce contanta juventud, inició en el brazo de Víctor, como un abandono de hembra, murmurando pequeñas y maliciosas suposiciones de otros matrimonios que junto á ellos caminaban en plena ternura.

Había quietud y regalo en aquella hora tardeniega. Julia y Víctor prolongaron el paseo. Sobre ellos aleteaba una voluptuosidad sentimental, é intuitivamente marchaban por los caminos más desiertos y menos frecuentados, mirándose á los ojos, como en un noviazgo de mocería. Julia entornaba

os ojos, los ojos que ya habían perdido su fría serenidad y que cerraba con la somnolencia de una mujer de amor.

Víctor ya no pensaba ni en su discurso amoroso, ni en la promesa de Ernestina. Sentía en el brazo el deleite del pecho femenino, y á cada paso el contacto duro de los flancos de aquella mujer, que iban llenos de promesas turbulentas, y dentro de él, los fueros de marido se envanecieron.

Aquella noche, después de cenar, mientras Ernestina preparaba su mesita de coser, su mesita de esclava, Julia se acercó, carantoñera, á Víctor.

—¿También quieres escribir esta noche?

Estaban los tres en el comedor, y como Julia, delante de su hermana no se reprimía en sus contadas y mansas expansiones, pasó el brazo por el cuello de Víctor.

—No escribas, hombre, déjalo...

Y logró llevárselo.

Ernestina vió como se hundían en la obscuridad del corredor. Y aquella noche tampoco trabajó ella. Con los oídos vigilantes, atendía á todos los rumores, aquellos rumores que llegaban desde la otra parte de la casa, del cuarto de Julia.

Le temblaban las manos; temblaba toda ella, en su azaramiento, ruborosa.



CAPITULO XV

ERNESTINA adquirió el convencimiento de que su cuñado no tan solo no había hablado de nada á Julia, sino que ni valor para hacerlo tendría. Julia y Víctor pasaban una segunda luna de miel. Triunfaba Julia con su carne fornida, y delante de Ernestina avergonzada, hacía ostentación de su victoria.

El escribiente, muchas noches, dejaba su sitio de trabajo junto al hogar preparado para la vigilia, y á veces, pasada la hora loca de los sentidos, su conciencia austera voceaba, llevándolo otra vez al comedor, hacia allá á las once, cuando Ernestina cosía entristecida, perdida la esperanza de trabajar en compañía. A Ernestina, le amargaban más estas

idas y venidas que las totales ausencias. Eldisponía su tintero y sus papeles seguido por la mirada enigmática de Ernestina, y, callado, mustio, sin alma para volver los ojos hacia su cuñada, comenzaba el trabajo. El rasgueo de la pluma y el puntear seco, violento, casi airado de ella, dialogaban, siguiendo el hilo de las horas, en el misterio hondo de la noche quieta. Al separarse, se despedían con el mútuo deseo de unas buenas noches, friamente, con la voz apagada y temblorosa de unos culpables.

Aquellas exhibiciones amorosas de los esposos, hicieron nacer en el espíritu blanco de la virgen ansias extrañas é insólitos deseos. A momentos, la antigua lástima por los suyos, se transformaba en un enorme desprecio, por su hermana mayor sobre todo, que no cuidaba de ocultar su encelamiento de hembra regalada, insinuándolo con carantoñas felinas y bromas insulsas, hasta delante de las gentes. Toda ella era siempre una carnal oferta para aquel escribiente, pobre diablo que idolatraba á aquella animalidad espléndida, sin corazón.

Cuando Víctor, sumiso á los caprichos de Julia, la dejaba sola, sentía una sensación de abandono, una fría desesperación, que le hacía pensar en venganzas imprecisas, una ira contra ella misma por su bondad mal pagada, por

la inutilidad de su virtud, por su timidez pudorosa que no respetaban, por sus sacrificios, en fin, que de nada servían, ni eran por nadie agradecidos. Sus veinticinco años sin amor, se insurreccionaban. Soñaba en lo dulce de un amor y de un hogar de donde ella fuera el ama, en el regalado reposo de las noches en un lecho fecundo, en el plácido rodar del día, bajo los ojos dulces y festejados de un esposo como Víctor. ¿Víctor? Sí, sí, Víctor. Contra todo, á pesar de todo, ella no sabía olvidar las manos de aquel hombre, aquellas manos suaves que sabían curar, y las veladas piadosas y la fijeza compasiiva de sus ojos pardos, de Nazareno, donde á veces perleaban las lágrimas.

El porvenir ¡qué espanto producía en Ernestina! Aquel mañana estaba desnudo de promesas. Se le escapaba á chorros la juventud, corrían los años, perdía la salud, y, en su vida, ni una vez se alzaba un arco iris. Y quería paz en ella, la paz á que tenía derecho. Porque la vida no podía consistir en la diaria contemplación de unos horizontes miserables, de una torrecilla ruinosa, unos tejadizos escalonados, una exposición de trapos; ni en respirar eternamente el vaho de fango, ni en sufrir miserias, ni en retirarse, dolorosa, entre patrones de modista, retazos de tijeras y vestidos

por hacer. Ni era vivir tampoco, pasar las horas en la mesita de aquel cuarto, esclava de los de afuera y de los de adentro, sin saber cuando llegaba la primavera ó el otoño, más que por las modas ó los colores de los trajes, teniendo que adivinar las fiestas señaladas por los vestidos de los transeuntes, á los que veía cruzar el puente de hierro, desde su balcón. Y evocaba la imagen de aquel adolescente heroico, que con riesgo iba á sorprender su belleza incipiente, y en su alma nació la pregunta de lo que haría si un galán violento y enamorado volviera á asomarse á sus cristales, como una aparición liberadora.

¡Oh, las silenciosas rebeldías de los espíritus atormentados! Ernestina comenzaba á construir sacrílegas ironías sobre su castidad, á la cual nadie tentaba. ¿Acaso ella no tenía derecho, no merecía, como Julia, colgar su brazo del cuello de un hombre y arrastrarlo al secreto de una alcoba y tener la revelación de aquel ardiente holocausto, cuya celebración le anunciaban aquellos esposos incontinentes?

En las veladas solitarias, acometía á Ernestina un delirio de amor deseado. Despues, nada... Volvía otra vez la doncellez humilde y el mirar de los ojos claros y serenos.



CAPITULO XVI

Las pascuas de Navidad, fueron celebradas en casa de Víctor con todos los requisitos tradicionales. Un árbol de Navidad, presente de la abuela, se calentaba al fuego de los ceporros traídos para hacer amable el trabajo nocturno de la modista y del escribiente. El niño, Adolfin, golpeaba, recogiendo pequeños zuecos, turronec, butifarras, chocolate, manzanas y otras golosinas que ponfan en él un ingénuo contento. La infantil alegría se adueñaba de la familia, y cuando el tronco, exhausto, dejó de prodigar golosinas y juguetes, entregando su última dádiva — dos relucientes centimillos — la abuela, la madre y la tía Mercedes, simularon una consternación extraordinaria. El

niño, en su fe, tornaba á apalearse el leño de las maravillas. Los golpes infantiles seguían implacables, y, como el milagro no podía realizarse, tía Mercedes envió á buscar más turronecillos, más barquillos, más golosinas, que siendo para el niño serían para todos. Todo aquello era necesario y no representaba nada, absolutamente nada; lo bastante para pasar aquel día, como correspondía á una familia que no era pobre de solemnidad. Las risotadas continuaron y se armó la chillería, el entusiasta platicar. El niño, con una bandeja colmada de dulcerías, seguía galusmeando con una beatífica mueca de goloso incipiente. A media noche, el glotoncillo cerró los párpados, y fué llevado á la cuna. Víctor, un poco mareado, se preparó para ir á acompañar á la misa del gallo, á Julia, á su madre y á Mercedes. La Ignacia quedaría velando el sueño del niño.

Ernestina no quiso acompañarles. Doña Rosa se enfadó, y mientras se vestían, la trató de mujer sosona y de doña Singustos.

—Cuidado que era... La romántica aquella, con su gesto de mírame y no me toques, siempre les tenía que aguardar las fiestas.

Mientras alborotaba, no sabía qué hacer con la mantilla, he... n llo, y solicitó ayuda. La mayor no hallaba el

boá, y la Mercedes, calmosa, no acababa de arreglarse. Doña Rosa, se impacientó y comenzó una chillería contra todas: ¡Qué gente! Y todas, todas...

Por fin, una vez listas, comenzaron á bajar la escalera, con un escandaloso *frou-frou* de enaguas. Víctor, mohino, se dirigió á Ernestina:

—¿Por qué no vienes con nosotros?

Ernestina, sonriendo, desdeñosa, replicó:

—¿Sientes mucho el que yo no vaya?

—Sí, porque en una noche así, tú no debes quedarte y dá pena dejarte sola.

—¿Qué tiene esta noche, Víctor?

Víctor no supo qué contestar y se marchó. Se le notaba la tristeza de dejarla en la casa. Ella agradeció aquella solicitud que volvía á aproximarlos nuevamente.



CAPÍTULO XVII

Al día siguiente estrenó Víctor un traje de chaqué. Era una nueva imposición de Julia, mejor dicho, un ultimatum. No era tolerable, no estaba bien que al lado de su majeza fuese exhibiendo el escribiente su ropa rozada y con brillo.

—La gente dirá que tú ahorras para que podamos lucir nosotras.

Tentado estuvo de responder desabridamente á la nueva proposición vanidosa, pero se calló, temeroso del escándalo. Fueron á misa, pasearon por la rambla—también en aquella ciudad tenfan rambla,—y comieron después, regaladamente. A la noche, Julia y su madre quisieron ir al teatro. Representaban una comedia chistosísima que

quizás no volverían á poner. Tenían que ir; se reirían mucho.

Víctor, complaciente, decidió que rieran. Antes de cenar, fué á comprar las localidades, y, de vuelta, quiso convidar á Ernestina. Aquella noche no se quedaría sola, porque hasta la niñera y el nene saldrían con ellos. Ernestina recibió serenamente el convite de Víctor. Ella no se divertía, y de ir, iría á sufrir.

—Ya que te empeñas, iré.

Se peinó un poco, y embozada en una nube, con su paso de gentileza y resignación á un tiempo, echó á andar al lado de su madre que, hinchada de satisfacción, andaba con presumido contoneo moceril. En el teatro hallaron á un viejo conocido. Delante de ellas, en la inmediata fila de butacas, un caballero alto, amojamado y de cara seca y biliosa, se levantaba á cada instante, atisbando con gesto de descaro, que pronunciaba atusándose, donjuanesco, un bigotillo pretencioso, los rostros y perfiles femeninos. En aquel husmear tropezó con Julia, abundante y pomposa. Detuvo en ella los ojos insistentes, y de pronto, con una sonrisilla complimentera, le alargó la mano, enguantada. Julia, que no estaba dotada del don de la cortesanía, no supo que hacer, y encendida, aturrullada, extendió su

mano á aquella otra desconocida que se le ofrecía.

—¿No se acuerda usted?

—¡Ay! ¡Sí; es Pepel—respondieron enseguida Julia y su madre.

—¿Usted también por aquí, señora?

Dudando, interrogó:

—Mercedes y Ernestina ¿verdad? ¿Qué tal? ¿Cómo siguen ustedes?

Descubierto, con el sombrero en la mano izquierda, se inclinaba, lleno de buen tono.

Ernestina recibió la salutación con un súbito rumor en sus mejillas pálidas. Y pensó: Es el mismo, el mismo. Los años no le han cambiado. Un poco más de bigote, la cara no tan fresca, pero el mismo.

El señor amojamado y alto, Pepe, era aquel precoz muchacho que á los catorce años gateaba por una pared para ver cómo se desnudaba una muchacha. Su historia era la eterna historia del mimado hijo único de las casas ricas. Bachiller á copia de años, pasó á Barcelona á estudios de Facultad. Perdió al billar la mesada de la patrona, y comprando amor á precios ínfimos, se le fueron los duros destinados á matrículas y libros. La eterna historia... Muerto su padre, gastó lo que había entrado en la caja de la notaría. La madre, doña Guillermina, enfermó de los disgustos, comprendien-

do, ya tarde, la nociva influencia de sus besos, arrumacos, prodigalidades y perdones que había prodigado al hijo.

Desde el día en que la mujer del notario dió trabajo á Ernestina, las unió una amistad que la proximidad fué acrecentando. La madre de la modista, que era en extremo cumplimentera y servicial con el que creía superior, sabía aprovechar hábilmente las tribulaciones para meterse en la casa y mangonear, olisqueándolo todo. Cuando la enfermedad del notario, fueron tantas sus entradas y salidas, tanta su amabilidad incansable, su vocinglera oratoria ponderativa, su profunda emoción de mujer sensible, que llegó á convencer á todos que ella y solo ella, había sostenido la terrible lucha entre la muerte tozuda y el acaudalado señor que disponía de todos los médicos y de todas las drogas para disputar su vida.

La viuda le quedó agradecida y encargó el traje de luto á Ernestina, de la que se prendó por su pulcritud y por su habilidad y modestia, y cuando sufrió aquel susto doloroso, doña Guillermina, fué á visitarla. Si se hallaban en la calle, platicaban, y la buena señora, bondadosa y afligida, sin nadie con quien desahogarse, lo hacía con Ernestina, y allí eran los suspiros y el quejarse del hijo calavera y el despedirse con una

frase galante y un golpecillo amistoso en la carita ruborizada de la modistilla. Un día, se despidió definitivamente. El clima húmedo y frío de la ciudad no le probaba y se marchaba. Desde su masía del Ampurdán, escribió, pero una sola vez, participándoles que Pepe se casaba y que confiaba que sentaría la cabeza. No volvieron, tras esta carta, á tener más noticias, ni de ella, ni de aquel mozo disoluto.

Doña Rosa, á su vez, hizo la presentación de Víctor. El pobre escribiente saludó encogido, con un poco de antipatía, mientras el presentado le rendía un elogio por su gusto en elegir á Julia por mujer. Tenía una sonrisa extraña. Prolongaba los labios lentamente y como á la fuerza, mostraba los dientes largos como una amenaza, y encima, el bigotejo, bailaba cínico.

Explicó su vida. Había estudiado para médico, pero la medicina era un quimérico deseo. La medicina no sanaba, y él, lleno de una excepcional dignidad, abandonó aquella carrera engañadora que torturaba su alma generosa. Viajó por España, tratando al mundo prestigioso de la política y de la nobleza. El mundo no tenía para él ni delicias ni misterios y el cansancio tedioso le adoloría. Ganoso de paz, fué al matrimonio, con una heredera enfermiza y apasionada,

una flor silvestre que vivió lo bastante para dejarle una niña que cumpliría para abril seis años, y único consuelo de su pobre madre, metida por misantropía en un lugarejo de salvajes.

Pepe, calló, naturalmente, que había malgastado su patrimonio y el de la flor campesina, que sus viajes por España habían sido de propaganda revolucionaria, que á la salida de un mitin, donde él lució su fácil oratoria desaprensiva, fué encarcelado, teniendo que vivir más tarde de la caridad de los amigos y de golpear por los billares, porque su madre no quiso cederle ni un céntimo de la herencia recogida de un tío ricachón, propietario de aquellas buenas tierras ampurdanesas.

¡Pobre Pepe! Con su corbata negra, su traje de luto, su pelo lacio empomado, manchado de pequeñas calvas sospechosas, resultaba enternecedor é interesante. Doña Rosa y Julia lo compadecían, Mercedes lo miraba boquiabierta, y Ernestina, bajos los ojos, recordaba el jardín y la aventura nocturna. Doña Rosa le ofreció la casa tan insistentemente, que no pudo excusarse, prometiendo pasar por ella. Al despedirse, recordó á Ernestina aquellas horas de reclusión en el patio húmedo, mientras ella cosía en el balcón luminoso, gentil, enmarcado por campanillas.

—¡Qué tiempos, Ernestina! ¿Te gustaría volver á ellos?

La tuteaba, con una franqueza de noble que gustase de divertirse galanteando á las doncellas humildes.

Aquella noche, Ernestina le vió en sueños. Le decía lindas palabras, prometía llevársela á un país azul donde no se cosía, ni había deudas, ni acreedores, y vivirían solos, en una casa blanca, en pleno bosque. Ella extendería la ropa en el terrado, lleno de sol, y haría la comida del esposo, un yantar sin lujos, que perfumaría el aire lleno de mariposas blancas y de ruido de aguas. Pero su enamorado repentinamente se transformaba, y no sonreía repulsivamente, ni se movía jactancioso. Y ahora era Víctor, humilde y zalamero; sólo que en sus ojos, claros, de Nazareno, brillaba decisión, una heroica ternera, y sus gestos, un poco imprecisos, adquirirían una energía temeraria y en su voz apagada se alzaban resonancias viriles. Y aquella mutación le placía y á ella retornaba la fe.

A Víctor, la escena del teatro, la presentación de Pepe, le sugirió también una grotesca pesadilla. Aquel señor desconocido se introducía en su casa, aprovechando la noche, lo veía avanzar entre la obscuridad, y llevando una lanceta de médico, entraba en el cuarto de Ernestina, á punzarle el corazón, una,

dos, diez, cien veces. Después y de puntillas, se llegaba á la cama de Víctor, al lecho matrimonial, y cogiendo á Julia, intentaba llevársela, y él, con una rabia infinita, llenaba de bofetadas aquella caraberosa, sin lograr reducir aquella sonrisa burlona, ni abatir aquel bigotejo cinico. Cuando el raptor ya había huído, se le presentaba Ernestina, cadavérica, espectral, mostrándole el corazón goteteando una sangre perfumada, que él recogía en la palma de la mano, y que bebía, hallándola dulce y enervante como un néctar de dioses. Lleno de una ansia sádica, abrazaba al espectro, buscaba el corazón para saciarse y cuando iba á conseguirlo, el espectro se transformaba en un triste maniquí de mimbre, decapitado, manco, rígido, vacío é impasible...



CAPÍTULO XVIII

DURANTE varios días, estuvo Mercedes repitiendo en el taller—contrahechos y sin gracia—los chistes aprendidos la noche de Navidad en el teatro. Había una perlería cristalina de risas entre las oficialas, al hacerse explicar la comedia.

A la preocupada Ernestina se le hizo insoportable el eterno holgorio de aquellas muchachas todo sensualidad, que llegaban cada mañana rojas y excitadas, secreteando malicias y explicando historias de noviazgos.

Sacó á su hermana del taller y riñó á las demás. No obstante seguía la risa por lo bajo, un reír contenido é impertinente que la ponía enferma. Y al atardecer de aquel día—día de Inocentes—

hubo la huelga del taller un epílogo trágico.

Bajo la puerta hallaron un papel con siete figuras grotescas. Representaban á Víctor y á toda su familia. La suegra desgrefñada y bailando un *can-can*; Julia comiendo barquillos sentada en un trono; Ernestina vistiendo imágenes; Mercedes con pecho huérfano de opulencias, embobada ante un corsé; Ignacita, famélica, abrazada á un soldado; Adolfo con el traje raído implorando limosna á la puerta del cielo y, para remate, el escribiente caía desmayado con un gran papel en la mano: un papel retorcido por abajo, con un *debe* enorme y una espantable suma de pesetas de arriba á bajo.

Bajo cada figura, un pareado, y el título: *Las aldeluyas de doña Rosa*.

Lloró mucho Ernestina.

Pobres, cierto, pobres y cargados de deudas; la madre poniéndose en ridículo, cierto también; una reina, Julia, finchada y laminera, aún más cierto; terriblemente cierto el desmayo de Víctor ante una factura, y ella... ella... lo de ella no era vergonzoso ni denigrante, pero era tan verdad como lo otro.

De los demás... ¡Oh, de los demás no le importaba á no ser lo de Adolfo; lo del pobre niño le dolía porque también estaba en lo posible!

¡Y todos, todos debían saberlo! Ella tan dócil, tan temerosa, ¿cómo se atrevería á afrontar las miradas de la gente? ¿Cómo podría sonreír á las buenas parroquianas, aquellas señoritas que la trataban de amiga, aquellas damas de charla mesurada y austera que la acariciaban, maternales y protectoras, rozándola con la punta de los dedos enguantados?

Al través de las paredes creía percibir Ernestina como un rumor lejano y burlón de carcajadas, un rugido de muchedumbre ávida de ofenderla con una mirada de curiosidad venenosamente sarcástica.

La invadió un pánico mortal; con un doloroso castañear de dientes fué á acurrucarse en un rincón de su cuarto.

No saldría más á la calle; se encerraría á piedra y lodo en su triste cuarto de solterona sin amor y allí estaría siempre, oculta en su triste refugio de virgen irredimida.



CAPÍTULO XIX

AL día siguiente, las oficialas de Ernestina se las hubieron con la señora Rosa.

Con tirones nerviosos al colocarse unos mitones, las esperó en el comedor. Con un gesto vindicador, les mostró el papel y los grotescos muñecos. No podían negarlo: aquello era obra de ellas: ¿qué significa? Hubo fingimientos de candor entre las oficialas. ¡Qué sabían ellas! ¡Ni qué les contaba doña Rosa!

No podían más. Hubo una explosión de carcajadas. Y hubo también una explosión en *doña Rosa*.

Estuvo elocuente; terriblemente elocuente: ella habría sido magnánima y conciliadora porque de chiquilladas sin malicia se trataba y no le daban que-

braderos de cabeza tales cosas, pero ya que tenían la desfachatez de reirse, debía advertirles que ha de tener mucha educación y guardar muchos respetos quien se vé obligado á ganar el pan en casa ajena.

Ella sabía también gastar bromitas... Y con palabras gráficas, canallescás, fué diciéndoles á cada cual lo suyo, ora á Raimunda, ora á Victoria, ora á Julita, con terribles reticencias y alusiones á obscuras escalerillas de una casa retirada, un señor ya caduco y un abrigo de astrakán y de sedeno forro.

Le armó una escandalera. La aludida —baja y llenita— con los ojuelos fulgurantes y los labios finos y maliciosos, temblantes de coraje, le lanzó una retahíla de palabras de lo más escogido, que levantaban ampollas en doña Rosa como gotas de un cáustico. Por la boca de la oficiala pasó toda la serie de adjetivos; luego se retiró. Sus compañeras la imitaron.

Salieron de casa de Víctor más alegres que apesadumbradas, llevando á todas partes su pregón de descrédito.

Estaba Víctor á punto de irse al despacho cuando se enteró del alboroto y buscó á Ernestina para hablarle de las inoportunas acometidas de la suegra. Ella ya lo sabía y ambos convinieron tácitamente que solo juntándose de nue-

vo, solo viviendo uno cerca del otro en buena armonía, la vida les sería soportable.

Mientras tanto, Mercedes y Julia comentaban con su madre la terrible lección recibida por las tres desagradecidas.



CAPÍTULO XX

CON el trastorno aquel, cayó enferma Ernestina. Pepe, en tanto, cumplió su promesa hecha á doña Rosa. Esta le hizo pasar á la sala, le rogó que se cubriese, y le hizo sentar en el amplio sofá, tapizado de yute. Olía á polvo el aire. Sobre el mármol de una vieja cómoda, lucían dos jarrones con flores, pájaros, un perrito de felpa con ojos de cristal y un collar rojo. De las paredes colgaba un cromo, representando una cacería de osos y el retrato de Julia y Victor, con la flor de azahar ella, y él con corbata blanca, levita, y una raya maravillosamente partida. En el velador, unas botitas de Adolfo, al lado de un álbum de postales maltrechas. A poco, apareció Julia que había

ido á ponerse un traje en armonía con la alcurnia de la visita.

La conversación versó sobre los quebraderos de cabeza de las familias. Las dos mujeres comenzaron la letanía de sus lamentaciones: mucho, mucho trabajo; las oficialas despedidas, Ernestina así y ellas sin saber donde poner los ojos. Pepe preguntó por Ernestina. La madre volvió á trenzar el hilo de su conversación inacabable. Nada, no tenía nada, disgustos; aquello la acometía siempre, después de algún berrinche. El otro, desde su alta suficiencia, lanzó una palabra: ¡histerismo!

—Sí, sí; lo que ella decía siempre; muy doloroso, pero una vez pasado, pasado. Eso sí, se retrasaban en el trabajo, y, durante un mes, no iban nada bien económicamente.

Torció la conversación.

—¡Pobre Pepe! Y usted también, también ha sufrido. No había más remedio que conformarse, pero la verdad, la desgracia de los jóvenes en plena felicidad, daba pena... ¿Y su madre?

Pepe Fors, hizo un gesto displicente.

—Buena; un poco maniática. Le tenía la pequeñuela, pero no estaba tranquila. Tenía que pensar formalmente en aquella criatura—una monada.—La abuela podía morir; era natural que se muriera antes que el hijo y que la nieta,

y los hombres, ya es sabido, no sirven para cuidar chicas. En el colegio pueden aprender demasiadas cosas. No tenía más remedio que buscar una mujer honrada y amorosa, aunque fuera pobre, y casarse. Podría hacerlo, porque iba á comenzar á administrar las fincas del marqués de Villamayor. Además, que heredaría á su madre... Él no quería una dote, sino honradez, una doncella bienhechora que le cuidase en la vejez y criase cristianamente á la niña.

Se retorció el bigote con gesto de desprecupado y de hombre gran conocedor de las flaquezas mujeriles. Hubo un corto silencio. La esposa de Víctor, enseñaba uno de sus piés, tan lindos, cerrados en unas polacras nuevas que parecían iban á estallar con la presión de la carne turgente. Lo movía coquetamente sobre la chillona alfombra del sofá, bajo los ojos lamineros de Pepe Fors.

—¡Ah, Julia, si fuera usted soltera!

—¡Pepe!...—Se formalizó, bajó los ojos, retiró el pie y las manos indolentemente, arreglándose los pliegues de la falda. Doña Rosa, sonriendo, participó al calavera que aún le quedaban dos hijas por colocar.

—Sí, era verdad, Ernestina. No estaba mal, y se acordaría, se acordaría.

Ya su madre le hablaba de Ernestina como una muchacha modelo.

Se despidió. Afectuoso y desenvuelto, dió la mano á madre é hija, pero la de Julia la estrechó fuerte, adolorándola. Julia reprimió un chillido, retándolo con una mirada, á un tiempo de severidad y de indulgencia. Ya en la puerta, él hizo una gallarda reverencia.



CAPÍTULO XXI

LA alegría que la visita de Pepe Fors produjo en doña Rosa, borró hasta el recuerdo de las aleluyas burlonas, y, nuevamente, con la fogosidad acostumbrada, lanzó la fantasía por un mundo de venturas. Ernestina, fuera de su lado, llena de salud, porque el histerismo es solo cosa de solteras, rica en seguida y más tarde propietaria; un yerno galante y distinguido, admirablemente relacionado, y que sin duda alguna las protegería mejor que Victor, el pobre escribiente tan apocado y poca cosa, que no sabía ingeniarse para sacarse un sobresueldo con las mil trampas corrientes y toleradas en toda oficina; con criada ella, en continuo hartazgo y haciendo la señora, sin